







La columna de *Rafael Gumucio*

## Televisor en blanco y negro

¿Es la literatura chilena gris y monótona o variada y multicolor? Hay argumentos para una y otra postura.

Gonzalo Contreras decretó en una sola respuesta apurada en la revista *Paula* que la literatura chilena era tan gris como ver un viejo programa en un televisor Boleco. No tengo cara para reprocharle ni a Contreras ni a nadie, ser impreciso o injusto. Podría si reprocharle su falta de originalidad. Las primeras novelas chilenas, panteones llenos de monstruos, son manifestaciones contra la grisalla colonial. A finales de los años sesenta, Ariel Dorfman escribió un largo artículo para reprocharle a la generación de los 50 su planicie (la de Ossesio, Edwards), su grisalla sin esperanza. Vicente Huidobro y sus adalides hicieron lo propio en los años cuarenta. Contra lo mismo se rebelaron los Diez. Augusto D'Halmar y sus amigos se fugaron al campo para huir de la tuerca misma de la vitalidad. En medio de esas quejas percutidas, Sarmiento escribió en Chile el *Facundo*, y Rubén Darío, *Azul*.

La idea de que la literatura chilena es gris es un prejuicio que, como todo prejuicio, esconde una verdad: el gris es el color que hemos escogido (quizás porque es la mezcla de todos los otros colores) para contarnos. Se nos escapan Pérez Rosales, los Edwards, Bello, los Juan Fñar y los Cármenes More, pero en el centro mismo de nuestra tradición nos espera Federico Gana, González Vara, la mirada grísida de Alarcn y el "Vaso de leche" de Manuel Rojas. Mucho antes que Carver lo pusiera de moda entre los lectores de Anagrama, bebímos en el colegio los chilenos: esta forma de contar sin contar del todo, este pudor ante cualquier inflación verbal o sentimental, tan muerto como el lirismo desatado de Neruda o el humor quebrantahuesos de Parra o Lahn.

Esa estética y esa ética literarias perviven con todas las mutaciones del caso en muchos autores de hoy, aunque no son ni por mucho los que dominan la escena. El propio Alejandro Zambra, al que al parecer van dirigidos los dardos de Contreras, se burla de sí mismo y de esa estética en *Mis documentos*, con un saludable

brillo. Ni Zúñiga, ni Biserna, ni Meruane son grises, ni se los puede acusar de ver el mundo en un televisor Boleco, cuando para mí generación Boleco no es una máquina sino una mujer, que representa justamente todas las desmesuras de las que se puede acusar a mi generación.

Puedo no compartir el juicio de Gonzalo Contreras, pero no puedo dejar de entender la pasión que lo anima. No creo que un país en el que escriben y publican narradores tan distintos y poderosos como Lemebel, Fuguet, Elit, Mellado, Eleuterio, Merino, Marín o el propio Contreras tenga una literatura uniforme y gris. Pero no diría de ser cierto que la mayor parte de sus libros caen en un ambiente que quiere piñar o aplaudir rápido para pasar apurado a otra cosa. No dejo de ser iluminado el contraste entre una literatura llena de disidentes, de desconformes, de disidentes y una crítica y una academia enamoradas de la unanimidad.

Un libro puede ser muchas cosas, pero quizás el peor destino que le esperó es ser indiscutible. Un

libro vive cuando es discutido, polemizado, polémizado como las flores. Fue quizás ese horror a la unanimidad el que me llevó a escribir una crítica lapidaria a *La ciudad anterior*, cuando las voces autorizadas de entonces querían convencernos de que eso era la única literatura que había que escribir en Chile. Libros bien escritos, literatura limpia y exacta sin golpe de Estado y mariposas amarillas, novelas que son novelas y no otra cosa, en que la violencia es una metáfora sutil para decir sin gritar, chilar o denunciar nada. Sin miramientos le reproché a libro hasta el nombre del protagonista, Carlos Faria. Tenía 21 años, era joven, impetuoso e injusto. Al leer después *El nadador* me sonrojé descubriendo muchas cosas que me habían gustado en *La ciudad anterior*, que pasaron a segundo plano ante la urgencia tonta, pero al mismo tiempo humana de negar desesperadamente esa idea de que hay literatura "bien escrita", pulida y perfecta, tan pulida y perfecta como nuestra democracia de los acuerdos. Una literatura y una democracia que nos redimían del pecado imperdonable de querer, intentar, o buscar más de lo acomensable.

Conocí a Gonzalo Contreras por entonces, en un Año Nuevo inolvidable en la casa de Natalia Babarovic. Después de unos segundos de aspereza nos dimos cuenta de que esta no era una pelea personal, que nos caímos bien. Yo no era nadie, él era famoso. Tengo la impresión que le pareció más comprensible que quisiera de alguna forma distinguirme que sumarme, como la mayor parte de los que ahora niegan haber aplaudido algún libro de la nueva narrativa, al coro de las runas siempre vencedoras.

Tengo la impresión de que comprendió que mi crítica no era contra él, que tampoco era contra su libro sino contra esa unanimidad que es la forma más refinada de la mezquindad chilena, una especie de preparativo para el bullying en patata que le sigue fatalmente.



# Televisor en Blanco y negro [artículo] Rafael Gumucio

Libros y documentos

## AUTORÍA

Gumucio, Rafael, 1970-

## FECHA DE PUBLICACIÓN

2014

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Televisor en Blanco y negro [artículo] Rafael Gumucio

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)